

Los Parias Conservadores

El general Menocal entró en el partido conservador como un elefante en una locería. El último plato roto ha sido el general Montalvo. Con él el viejo partido conservador ha desaparecido, y el doctor Zayas en su refinada venganza, hasta ha exigido que en el pacto se consignara la muerte del mismo, por incapacidad moral y mental.

Nosotros no podemos culpar al doctor Zayas de esta putrefacción. Hace ocho años, cuando los amigos de Menocal querían atraernos o darse tono decían: "Nosotros no somos conservadores, somos menocalistas". Hace cuatro años el propio general Menocal, a las exigencias de los políticos conservadores, respondía: "Yo he ganado las elecciones, no el Partido". Hace un mes el mismo general pedía la Liga—Liga que no liga—porque sin ella—confesaba—no podía ganarse a los liberales.

La consecuencia de esta opinión repetida año tras año, debía traer la esquila de defunción que el doctor Zayas tuvo el honor de firmar viendo a sus pies el cadáver de aquél partido que tanto le había injuriado, y los hombres que lo componían humillados y vencidos.

En verdad, con rigor lógico, el partido conservador podía haber sobrevivido a pesar de las aviesas intenciones del general Menocal, que no sabe tener agradecimientos que no emanen del Tesoro Público; pero hubiera necesitado de una dirección en manos de un Varona, de un Lanuza, de un Freyre, de un Maza y Artola, de un Torriente; hubiera debido tener una asamblea nacional de hombres con espíritu de sacrificio, sinceramente devotos de su partido. Así, a pesar de Menocal, quizás todo se hubiera perdido, menos el honor; el honor se hubiera salvado. En cambio, la dirección estuvo virtualmente en manos del doctor Ricardo Dolz, que tiene de la disciplina política el mismo concepto que tuvo, con más talento, Torquemada, y los miembros de la Asamblea, en lugar de salvar el honor, pensaron en salvar las impúdicas prebendas. El mismo Dr. Dolz según afirma el general Montalvo fué un satélite de la conspiración de Menocal para obtener una designación senatorial, nada menos que por Las Villas. Digámoslo de paso: no podemos considerar esa candidatura como un plato de lentejas, por lo que el nuevo Jacob resulta más sustanciosamente aprovechado que el viejo personaje bíblico.

Nosotros no sabemos si puede aún sobrevivir este partido. Lo dudamos. Permitame el general Montalvo, que en estas horas de amarguras, yo le proporcione una más: Dudo mucho que él tenga el desprendimiento de ponerse a la cabeza de una agitación sinceramente conservadora contra el contubernio zayo-menocalista. Para esto se necesitaría mucho civismo y aunque el general Montalvo lo tiene de sobra, necesitaría también una gran decisión, un fuerte trabajo, cosas ambas difíciles después de haber visto su casa vigilada por la policía, su hermano detenido, sus telegramas secuestrados y tantos tránsfugas pagados y premiados. Para esfuerzos de este género se necesitan temples como el del general Gómez, resistente a todas las amenazas, preparado a todos los sacrificios, con la vida a cuestas, dispuesto a escupirla en el rostro de los asesinos altos y bajos, siempre en la brecha laborando día y noche por sus derechos, por sus ideales, por su partido, por su pueblo.



2

No sería difícil llamar al honor y a la vergüenza a los verdaderos conservadores. Los hay tradicionalmente honrados en Cárdenas, en Sagua, en Placetas, en los barrios rurales de Cienfuegos, en Ciego de Avila, en todo el campo de Cuba y en la misma ciudad de la Habana. Sería fácil decirles: "No debemos dejar caer la vieja bandera en el fango; no debemos ser entregados como ovejas, en regalo de nupcias, a nuestro eterno adversario que aparentamos despreciar por tantos años bajo la dirección de los que nos mandaban y que solamente tenían sed de poder y de dinero; nosotros perderemos la batalla presidencial, ya de todos modos perdida antes de iniciarla por voluntad del pseudo-conservador que elevamos a la presidencia en 1913 con nuestros votos y en 1917 con nuestra sangre; pero salvaremos el porvenir, mantendremos nuestra cohesión y al amparo del Código Electoral seremos el verdadero partido conservador".

En estas elecciones, pensando así, los verdaderos conservadores podrían votar por sus Alcaldes y abandonar los otros cargos. En las próximas irían a la lucha con el auxilio de todos, los conservadores buenos y los malos desencantados, y con la masa neutra que encontraría al fin un partido capaz de un gesto heroico.

Esta voz de alarma y de honor dada por un hombre como Montalvo tendría eco en el alma de la masa, porque la masa conoce los altos sentimientos mucho mejor que estos hipopótamos que hoy pisotean a un hombre y mañana lo elevan sobre los altares, a la faz del mundo y sin sonrojarse. ¡Oh!, los paquidermos!

Y además, porque los conservadores de los pueblos comprenden el triste papel que les estaría reservado en caso de una victoria zayista, sometidos a los "cuatro gatos" que en cada pueblo siguen al doctor Zayas, cuyos estrechos sentimientos partidaristas todos conocen, dispensadores de prebendas y por lo tanto, corruptores de la voluntad de las Asambleas. Los "cuatro gatos" serían los caciques y las masas conservadoras pobres parias sin principios políticos ni beneficios prácticos.

Ponerse a la cabeza de estos ilotas no sería cosa difícil.

Pero para ello es menester carácter, firmeza, actividad, trabajo.

CRESTES FERRARA.

*Heraldo Leuba
Sep. 18/920*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA